

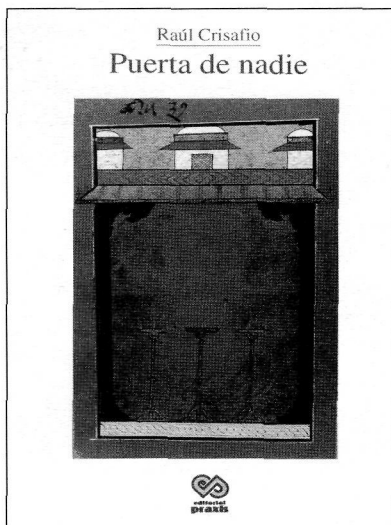
PUERTA DE NADIE¹, DE RAÚL CRISAFIO: LA POÉTICA DE LA AUSENCIA

OSVALDO RODRÍGUEZ

El sugerente título que encabeza este poemario del escritor argentino-italiano Raúl Crisafio, nos instala de entrada en el espacio de la ausencia. El epígrafe que le sigue, formulado en términos de dedicatoria (“A las irrecuperables patrias lejanas”), introduce al lector en el ámbito de nostálgica evocación que preside el registro lírico de su escritura poética. Sin embargo, la dimensión denotativa de los mencionados paratextos sólo es aparente, porque el corpus poemático se asienta en un sistema metafórico-simbólico más complejo y sugerente. Es esta proyección del discurso poético, que trasciende la contingencia de lo autobiográfico, lo que otorga profundidad y virtualidad significativa a la expresión lírica de este escritor.

Tiene razón el escritor y crítico italiano Dante Liano cuando, refiriéndose a este aspecto esencial de la poesía de Crisafio, apunta lo siguiente en la contraportada del libro: “La cifra de sus metáforas no se nos revela con facilidad, al menos no con la facilidad que nos llevaría a la autobiografía”. Para agregar, más adelante, con acertado juicio, refiriéndose a la obra en su conjunto: “Todo el libro es una metáfora sin segundo término, un mensaje criptado, cuyo valor reside en la cifra misma. Libre de interpretaciones y referentes, el lector se queda a solas frente a la poesía misma”².

Efectivamente, la poesía de este escritor, pese a su aparente



sencillez, posee la densidad de lo profundo y esencial. No se crea, sin embargo, que con ello se escamotea la dimensión real de las múltiples existencias del poeta, cuyos rostros desdibujados en el tiempo de la evocación desfilan como escorzos de la memoria por las páginas de este libro. Sólo que el referente, siendo existencial, se percibe más allá de todo prosaísmo, porque la realidad de las existencias del yo, transformadas en materia poética, se trascienden a sí mismas en virtud de la imaginación creadora que no repara en lo circunstancial sino en esencialidades. En este sentido es perfectamente aplicable a la poesía de Raúl Crisafio el aserto de Gastón Bachelard sobre la trascendencia de lo poético: “La memoria de la imaginación nos hace vivir situaciones no fácticas, en un existencialismo de lo poético que se desembaraza de los accidentes”.

En lo que atañe al tono de la expresión poética concuerdo tam-

bién con Dante Liano en cuanto que la poesía de Raúl Crisafio disimula los énfasis y jamás dramatiza. Esta tendencia de sabia contención lírica no anula, a nuestro juicio, la tensión interna de esta poesía, cuya efectividad expresiva se funda precisamente en esa pugna alienante del yo y su propio tiempo existencial con las sombras fantasmagóricas de un pasado que, pese a su persistencia en la conciencia del sujeto, se revela esquivo, distante, en definitiva, ajeno. Desde el presente escindido del yo la experiencia poética se convierte en esencial indagación de los fundamentos del ser en virtud de la imaginación evocadora. Tal búsqueda y su resultado, el desencuentro, lejos de todo dramatismo, se encauza a través de un discurso reflexivo no exento de un ligero matiz irónico que atempera cualquier posible desbordamiento emotivo. Contribuye a ello el aire de lejanía que enmarca la evocación lírica, pero también la forma poética del ancho verso de arte mayor por el que discurre el pensamiento reflexivo, aunque quebrado en ocasiones por encabalgamientos que de algún modo ponen de relieve la tensión interna de esta poesía.

Raúl Crisafio nos invita a cruzar el dintel de su *Puerta de nadie* con un significativo poema, titulado “Los años”, cuya primera estrofa es la siguiente:

Cómo son oscuras las voces que golpean a mi puerta/
las delicadas, ofendidas rabias que no fueron más que
cuartos vacíos/
poseídos de amor y de piedad,
acciones acres e impolíticas

¹ Crisafio, Raúl, *Puerta de nadie*, México, Editorial Praxis, 1997.

² Bachelard, Gastón, *La poética de la ensueño*, México, FCE, 1986, pág. 182.

como largas ofensas sobre el cuerpo./ Y las voces salmodian el odio dirigido al miedo y a sus muertos,/ las desesperaciones angélicas donde cada nombre se convierte en datos oscuros del sentimiento,/ en memorias como horribles ventanas empujándome. (...)

La ambigua interrogante con la que se abre este poema, cuya disposición lírica nos recuerda el universo residenciario de Neruda, es el primer indicio de una poética asumida como una esencial experiencia indagatoria. El poeta responde así al compulsivo llamado de remotas voces que interfieren su presente. Tal es el impulso inicial de una escritura que desde el primer momento se inscribe en el marco dialéctico de lo de dentro y lo de fuera, a través de símbolos de íntima raigambre familiar, como son la puerta y la ventana, situadas en las lindes del espacio interior y exterior. Ambos símbolos nos remiten metonímicamente a la imagen de la casa deshabitada, por cuyos "cuartos vacíos" sólo discurren las fantasmales voces del pasado que, huérfanas de identidad y contenido, deambulan en la conciencia del sujeto. La única vía de liberación será entonces la exorcización de aquellas sombras de la memoria a través de la escritura que evoca, pero que al mismo tiempo enfrenta al yo consigo mismo. Por ello es tan recurrente en esta poesía el símbolo del espejo, significativamente asociado a la búsqueda de sí. Desde esta perspectiva, la experiencia poética asume un movimiento de doble dirección. Mientras, por una parte, emergen a la superficie especular los nombres sin rostro del pasado, por otra, el rostro del yo evocador se pierde en el tiempo, des-realizándose. Ambos movimientos confluyen, por tanto, en el desencuentro.

Así, el esencial viaje indagato-

rio emprendido por el yo en la ficción poética se revela, en última instancia, como una experiencia frustrada. Tal conciencia del fracaso que precede, incluso, a la propia experiencia de búsqueda, es la que determina la visión ciertamente distante, lejana, del sujeto, en relación con el mundo evocado y su propia existencia. Desde este punto de vista, el poeta se limita, en definitiva, a constatar ausencias, en un universo lírico dominado por la melancolía. Sin embargo, hay ocasiones en las que este sentimiento parece desbordarse; sobre todo, al comienzo de este viaje poético, tal y como lo sugiere la imagen visionaria con la que se inicia el emblemático poema titulado "Puerta de nadie":

Las puertas de la ira escuchan el fuego nocturno.

la palidez del ojo que devora el recuerdo y lo maldice con los puños golpeando las ventanas. Abajo el mar se cierra en una mueca en la que el tiempo ignora que vinieron los hombres y las agujas, se enredaron las gotas de la espuma y la sangre caliente dejó su redil, sus enamoradas cabras de rocío y caminó hacia el mar.

El fragmento, cuyo comienzo recuerda el título de la novela *Las uvas de la ira* (1939) de John Steinbeck y del poemario *Los hijos de la ira* (1944) de Dámaso Alonso, nos sitúa en el instante inicial de la experiencia poética. El viaje indagatorio está precedido por el símbolo surrealista del ojo que intenta penetrar las sombrías profundidades del pasado, al cruzar el umbral de las puertas y ventanas que lo clausuran. Tal impulso exploratorio se revela, en la ficción poética, como una fuerza compulsiva que impele al yo a enfrentarse con las antiguas voces que interfieren en su presente.

Visión contradictoria, por lo tanto, que define la disposición lírica de la evocación, deseada y rechazada a la vez. Así, la compleja imagen del "fuego nocturno" que reaviva la memoria no puede entenderse sino en relación contrastiva con la metáfora del *tiempo calcinado*, transformado en cenizas por la acción ígnea, en cuanto expresión del desencuentro del yo con su pasado.

La última parte del fragmento que comentamos supone un cambio de perspectiva. La mirada del ojo que ausculta se desplaza ahora, desde la visión nocturna, hacia la superficie marina que refleja, como un espejo, la regresión del yo en el tiempo. El mar, símbolo de connotaciones negativas en la poesía de Crisafio, revela su indiferencia frente al tiempo de lo vivido, lo disuelve en la profundidad de sus aguas para devolverlo a la superficie transformado en espectro del pasado. De sus aguas convulsas, en las que se entremezclan "las gotas de la espuma y la sangre caliente", emergerán los seres informes de la memoria que evoca el momento de la despedida o el abandono definitivo del espacio amado. La representación del ser que deja lo suyo y encamina sus pasos hacia el mar, como siguiendo los dictados de un oscuro designio, es la imagen más lograda del desamparo en el desarraigo.

Sin embargo, pese a la manifiesta expresividad que eleva en ocasiones el tono discursivo, el poeta jamás enfatiza el registro lírico de su escritura. La visión ciertamente lejana del yo, que convoca la voces del pasado para exorcizar a los fantasmas que interfieren su presente, sigue el suave cauce de la melancolía. Sentimiento dominante tanto al comienzo como al final de la experiencia de búsqueda y

hallazgo protagonizada por el sujeto en la ficción poética. Esto podemos constatarlo en otro poema clave de este libro, el titulado "Golpeamos las puertas", donde el yo, desde su puerto, extiende su melancólica mirada sobre la superficie espejular del océano, tras la experiencia del viaje que se nos revela como una exploración al interior de sí mismo:

Golpeamos las puertas sin esperanzas
ya de abrirlas
y desde dentro nos responde el corazón
que late solo en una herida.
Nos deja entremirar
la muerte
y los sueños de la muerte
que escarban
en los espasmódicos ojos de la tarde.
Nos sentamos a mirar las puertas
desde este murallón adosado al mar.
Nos sentamos y dentro de la voz con
que nos hablamos
las olas nos golpean con su definitivo
adiós,
su definitivo horror de espuma y de
silencio.

Como se puede constatar, el yo lírico ha dejado paso a un nosotros, indicador del diálogo consigo mismo que establece el poeta en esta fase final de su experiencia de búsqueda y desencuentro. El viaje exploratorio al pasado ha sido infructuoso: no se ha cruzado el umbral que clausura definitivamente el tiempo de la evocación. En definitiva, se impone el silencio sólo interrumpido por el mecánico latir del corazón, metáfora concebida aquí como el espacio donde se empoza la nostalgia. Ahora el ojo indagador que antes se hundía en el tiempo como un escalpelo exploratorio ha dado paso a la furtiva mirada del *voyeur* que espía, en los entresijos de la memoria, el convulso movimiento de la muerte.

Esta es, en última instancia, la visión que se impone en la conciencia del sujeto evocador tras la experiencia poética del viaje indagatorio: las sombras del pasado se hunden definitivamente en el tiempo inmemorial de la muerte. Al final, y a modo de despedida, este viajero inmóvil, anclado en su presente y rodeado de silencio y soledad, extiende su nostálgica mirada por la infinitud marina para seguir el acompasado movimiento de las olas que proclaman "su definitivo adiós". Esta imagen de yo, que desde la inmovilidad de su presente contempla la inevitable labor destructora del tiempo, es recurrente en este poemario.

Tal visión se manifiesta, en ocasiones, en breves pero significativos poemas, como el titulado "El mar de agosto", donde en no más de cuatro versos se condensa la patética imagen de la muerte, atemperada por la nostálgica mirada del yo, que se limita a constatar la irrecuperable pérdida del pasado en la soledad estival:

El mar de agosto arrastra nombres
inermes,
sombras muertas de huellas desleídas.
Celebraciones cenicientas
de silenciosos cadáveres de espuma.

En definitiva, la imagen dominante en este poemario es la de la ausencia, concebida como despojo existencial, en tanto pérdida irrecuperable del ser en el tiempo. Así, en una de las últimas composiciones de este libro, vemos deambular al yo por las calles vacías del olvido, desde las cuales emerge una interrogante trascendental cuya única respuesta es la conciencia de la muerte en el devenir temporal. Tal es el sentimiento lírico del siguiente poema precedido por un epígrafe de T.S. Eliot, cuya estructura bipartita pone de relieve no sólo la con-

frontación temporal presente/pasado de la experiencia indagatoria, sino también la sugerente relación dialéctica luz/oscuridad que define el camino de penumbras por el que discurre este viaje exploratorio del yo al interior de sí mismo. Al final, del mismo modo como se impone el silencio frente a las voces que claman por atravesar la "puerta" del olvido, también se impone la soledad del desencuentro y la ausencia. La imagen del sujeto en el poema titulado "Luz", que transcribimos íntegramente, es una de las más significativas de la melancólica y profunda visión poética de este libro *Puerta de nadie*.

I

De las calles sin memoria y rostros
desdibujados
sube una tenue luz,
una sinuosa pregunta sin respuestas.

Los jardines se asoman a la tarde
vencidos
se alejan en las briznas interrogantes
solos
y en la inútil llamada del silencio
se amotinan mariposas de alas ríspidamente oscuras
que bajan hacia la luz sin pertrechos
de la noche
resignándose.

El tiempo nos acompaña en las mesas
adobadas
y silenciosamente se cortaba el pan
se bendecía el agua y las caricias corrían por la cara.

Los puestos vacíos pronunciaban un
nombre
y las sonrisas se depositaban en la luz
de los ojos,
en la espera.

Cada mañana y cada tarde
cada oscuro punto del tiempo
interrumpido
subía a lágrima y pan

a oscura maldición de nieblas.
Y la luz
la luz se empinaba desgañitándose
por los pendíós
deechaba fauces, razones,
inusitados sentidos de la ira.

Eran la luz los remolinos del viento
entre las piedras

eran luz
y nadie entonces lo sabía.

II

La ciudad de los muelles
abandona sin aire a los pobres transe-
úntes del agua.
Los deja perdidos
en el laberinto de las voces que cantan

y gimen en el puerto.
“¿Dónde está la razón?”
“¿Dónde el motor de esa vagabunda
secuencia de la noche?”
“¿Quién dijo que sí a los besos del
mar, a las escotillas de piernas leves y
dulcemalas horas?”

El tiempo para morir se desvanece. ■

CARTAS AL EDITOR

Agradeço-te o envio de Espelho de Paciencia, sem dúvida uma revista magnífica em que terei o maior gosto de colaborar. Será preciso, no entanto, esperar algum tempo, porque neste momento nao disponho de nada escrito que esteja à altura da qualidade da Revista. Voltarei a escrever-te quando me pareça que já valerá a pena enviar-te alguma coisa.

José Saramago,
Premio Nobel de Literatura 1998.



Voy leyendo Espelho de Paciencia, poco a poco, con paciencia, y me entusiasmo... Es muy bueno el nivel y los felicito una vez más.

Hernán Lavín Cerda,
poeta y narrador chileno,
Profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México.



Ahora, que ya he recibido Espelho de Paciencia, me quedo encantado y privilegiado de haber sido incluido en el primer número de una revista tan estupenda.

Jesús Fernández Palacios,
poeta gaditano,
sub-director de Revistatlántica de Poesía.



Ayer me prestaron un ejemplar de la revista que diriges (Espelho de Paciencia) y me quedé boquiabierto al verla. Sencillamente extraordinaria.

Enrique Saíenz,
investigador del Instituto de Literatura y Lingüística
de la Academia de Ciencias de Cuba.



¡Gracias por esta verdadera obra milagrosa de Espelho de Paciencia! La revista es para varias lecturas y varios días. Es sorprendente la calidad, la buena diagramación, el material bien seleccionado. Se ve que saben hacer las cosas. Ojalá que dure mucho tiempo.

Alberto Luis Ponzo,
poeta argentino.